

# LA ALBORADA



La llamaban Laumbria, y era una pobre aldea metida en el despliegarse de la falda montañosa, con su montón de casucas, éstas sosteniéndose en aquellas, para que no las barriese el viento: la madre común, la iglesia, irguiéndose amparadora como el pastor entre su manso rebaño; y un pañuelo de tierra, el Campo Santo, con su Cruz mohosa, sus ortigas velludas y su cortina de madre selvas y rosas silvestres vistiendo las tapias y asomándose por encima de ellas para dejar caer el rocío de la noche sobre las tumbas de los muertos.

Esto era todo. Y un campo alegre; un remanso de río caudaloso, quieto y tranquilo, donde las truchas gozaban del fresco de la sierra; y una paz bendita que todo lo llenaba y por todas partes extendiase con beatitud hermosa.

Allí no se oían los ruidos del mundo; era valladar que los rechazaba el formidable parapeto de las crestas empinadas, azules con la venida de la primavera, deslumbrantes en blancura en el invierno.

El craquear de las ranas, el canto del gañán, el cencerreo de la duela, el como suave rasgarse de raso al jugar de los trigos en flor el viento perfumado del estío.... nada más turbaba el solemne silencio de aquel rincón dormido entre el luchar continuo de la vida.

¡Ah! y la campana también se oía, repiqueteadora como loca en alegría pascual, en la Ascensión, en el Corpus, en la fiesta de la Virgen, en la alborada risueña de San Juan.

En ésta sí que, siendo sólo y mísero el esquiloncillo, quería sonar como muchos. Sus voces de contento deseaba que traspasasen la granítica cordillera, allí donde el mundo se desarrollaba y extendía lejos del silencio de Laumbria....

Ramas de guindo y de cerezo, pendientes sus gotas de coral, mo-

jadas y brillantes por el rocío, entraban al alba en el templo llevadas por mozas y mozos; festones de flores y lluvia de pétalos rendíanse, al peso de la piedad, ante las andas del Santo tutelar de la pobre aldea...

El regocijo alegre, bullanguero, llenábala durante aquel día. El pueblo, con el sano solazarse de la naturaleza, despertando en la fresca alborada, reía y gozaba ante las medio extinguidas hogueras con su corona de chispas, ante el rumoroso correr de la fuente milagrosa en la brillante aurora de aquel día.

\*  
\* \* \*

Pasó por la aldehuela triste el azote de la guerra.

No dejó ni mozos que la alegraran ni mozas que fueran su encanto.

La contribución, como granizada que todo lo arrasa, llevóse el sudor de aquellos pobres vecinos del pueblo, olvidado para lo que no fuera satisfacer tributos y conllevar el peso de las gabelas.

Unos, de dolor y de pena, al cementerio hubieron de acogerse para recibir el llanto perpetuo de los rosales y las madresevas; otros tras los mares buscaron el pan que el ingrato terruño les negaba.

Alguno que otro seguía viviendo al calor de aquellas casas, que solas muchas, vacías, se derrumban de tristeza, de miedo, de frío.

Un día, cuando de la aldea fué huyendo todo, color de los campos, muros de casas, craqueo de ranas, y revolverse, con oreo de seda, de espigas y mieses, un ruido extraño turbó aquella soledad agreste con jadear anhelante como de fiera, silbar de pulmones de hierro y anublarse del cielo azul con el penacho agrisado del humo de un tren.

Orgullosa, soberbia, atropellándolo todo á su empuje, pasó por Laumbria.

Ya no había casi nadie que pudiera contemplar el espectáculo soberbio.

Temerosos lo miraron algunos desde las ventanas de su medio derruidas casas; el anciano párroco, viejo como el tiempo, moría en la santa paz de Dios, precisamente cuando la locomotora anunciaba, con silbidos de triunfo, su entrada en aquella tierra que conquistaba, en aquellos campos donde no volverían á gallardear pompas primaverales de yerba verdequeante y flores de matices riquísimos....

\*  
\* \* \*

Yo también pasé luego, muy corridos los años.

Cuando de Laumbria no quedaban más que eriales vestidos de amapolas y cardos y el montón de piedras que era como el sepulcro funerario de un pueblo.

La iglesia es la única que quedaba en pié. Pero sola, triste, cerrada, con las injurias del tiempo en su frente, con el oscuro pabellón de la hiedra asaltando sus paredes y mordidiéndolas voraz é inmisericordiosa.

En la espadaña colgaba la campana como una nota negra que canta un quejido perenne....

Era la alegre alborada de San Juan.

Recordé cómo en otros días moviase sin freno alborozada; cuál llevaba su grito alegre á la campiña rebosante y fecunda, á los aldeanos que en la fiesta de su Patrón saludábanle al romper la luz con las galas de la naturaleza, con las gotas rojas de cerezas y guindas, con el aliento refrigerante de las flores salpicadas del rocío del alba.

Al pasar entre bufidos de vapor y trepidaciones de la pobre tierra conmovida por el monstruo, me pareció que la campana quería lanzarse, como en tiempos pasados, en vuelo de amor hácia el alba naciente.

Y que sujeta á la espadaña, que con corcovas del tiempo quería arruinarse y caer, lloró de dolor.

Lo mismo que aquella guardesa del paso á nivel, vieja, rodeada de hijos, que en la caseta de la vía sostenía una bandera verde para dar paso al tren.

Ella también, en aquellas alboradas felices de San Juan, recibió los agasajos de los novios que la pretendían y las luces de rosa del crepúsculo encantado del día hermoso de la juventud y del amor.

HERMINIO MADINAVEITIA.

